

## Prólogo

Pues sí: soy español de nacimiento, de educación, de cuerpo y espíritu,  
de lengua y hasta de profesión y oficio...

MIGUEL DE UNAMUNO

El problema de España; España como problema; el laberinto español; las dos Españas; España invertebrada; España, mito o realidad; España, país dramático; la invención de España... Sí, España ocupa otra vez los titulares periodísticos, la energía del moderno arbitrista y la palabrería de los políticos. El debate público sobre su historia y, más aún, la preocupación e incluso los interrogantes acerca de su solidez y viabilidad, revelan una angustia, una inseguridad, un complejo de falta de realización, pero también invocan una empresa apasionante, una tarea cívica incansable que abrió la generación del 98 —la primera en tener conciencia nacional y, al mismo tiempo, propósito de intervención—.

En efecto, no es la primera vez que la idea de España entra en crisis. La resaca del desastre de Cuba llevó a los intelectuales del primer tercio del siglo xx a preguntarse por la razón y la historia de nuestro país con una preocupación y un rigor que todavía nos aleccionan y conmueven. De la indagación en el paisaje, en el pasado y en los clásicos emprendida por Unamuno, Azorín, Machado o Menéndez Pidal brotó un diálogo fecundo, clave para que España cobrara conciencia de sí misma e iniciara la tarea de conjugar la identidad nacional con la democracia y la reforma del Estado.

Porque, en el fondo, la crisis del 98 no fue más que una crisis de modernización, a la que intentaron curar los regeneracionistas de Costa, los catalanistas de Cambó, los conservadores de Maura y los liberales de Canalejas, los reformistas de Melquíades Álvarez y los socialistas de Prieto, los europeístas del 14 con Ortega y Azaña a la cabeza y hasta los poetas del 27, sin cuya asombrosa producción lírica, nacida de un riguroso examen de la cultura, España difícilmente habría tomado posesión de sí misma. Y es que la reflexión sobre la idea de España, la indagación sobre sus propias capacidades, incluso sobre sus perplejidades históricas, también estuvo ahí: en la salida a flote de una clara conciencia del propio idioma, en la voluntad de mejorarlo, de innovar su tradición, de dotarlo de mayor fuerza expresiva, de dignificarlo hasta darle un lugar preferente en la cultura europea de entreguerras. Para aquel país que interrogaba al pasado a la luz crepuscular del imperio, y que pronto lo haría a la sombra agónica de la guerra civil, para aquella nación consciente de su magnífico acervo cultural, parecen escritos, precisamente, los versos con que Luis Cernuda terminara uno de los poemas de *Donde habite el olvido*:

*Cuando la muerte quiera*

*una verdad quitar de entre mis manos,  
las hallará vacías, como en la adolescencia  
ardiente de deseo, tendidas hacia el aire.*

La guerra civil de 1936 arruinó el camino emprendido. Para colmo de males, la irracional uniformización totalitaria del franquismo puso en marcha el proceso desnacionalizador más importante de nuestra historia. Habría que esperar, pues, a la Constitución de 1978 para dar respuesta al gran problema de la democracia que obsesionara a Ortega y Azaña, cristalizado en el ciclo de cambios de Estado y de régimen que jalonó la historia de España en el siglo xx: monarquía, dictadura de Primo de Rivera, Segunda República, levantamiento militar de 1936, guerra civil, dictadura de Franco. Quedaron, no obstante, dos sumarios inconclusos: definir los límites de descentralización que puede soportar la idea de España y atraer al cumplimiento de las reglas constitucionales a los nacionalismos catalán y vasco. Ambos expedientes son los detonantes de la crisis de identidad nacional que viven hoy los españoles, mucho más aguda que en el 98, ya que entonces nadie negaba la condición de España como nación. Hoy sí.

Conviene, por tanto, repetirlo sin tregua. España no es un país de desguace ni de fin de raza. No lo fue en tiempos pasados, ni siquiera cuando la literatura se tendió sobre el campo ensangrentado de la guerra civil. Y no lo es hoy. España no es una abstracción ni un mero trámite legal cumplimentado en 1978, ni tampoco un vulgar caparazón institucional creado por la política expansiva de Castilla, un simple Estado que nacionalistas vascos y catalanes se ven en la obligación de compartir con sus presuntos opresores. España es el fruto de una larga tradición, de un prolongado hermanamiento, de un deseo claramente expresado de continuar la vida en común... El producto de un enriquecedor proceso de mestizaje y de un ímpetu cultural desarrollado a lo largo de los siglos.

Hispania, Toledo, al-Ándalus, Sefarad, América... Se ha escrito muchas veces que el nuestro es el país de todas las culturas. No creo que haya fórmula que lo defina mejor. Diversidad, aluvión, contagio, préstamo..., son palabras de la hermosa lengua tallada por Nebrija que sirven para describir la historia de España. Porque la identidad es un proceso, y España —como Francia o Gran Bretaña, como cualquier otra nación europea— es lo que ha ido siendo a través del tiempo: una inmensa mezcla, un mosaico de millones de piezas que vienen de todos lados. Somos griegos e iberos, fenicios y romanos, godos y árabes, judíos y cristianos. Somos también americanos, los descendientes de una historia rica y diversa. ¿O acaso no es un ciudadano, entre otras muchas cosas, un punto de convergencia, un producto, un hijo de su pasado nacional? Decía Azaña:

Soy español por los cuatro costados. De ahí que me considere miembro de una sociedad ni mejor ni peor en esencia de las demás europeas. Y es en cuanto español, que me anima el espíritu propio de un liberal que hallándose

predeterminado en parte por inclinaciones heredadas, las corrige, las encauza hasta donde le permite el desinterés de la inteligencia.

Voces plurales, civilizaciones sobre las que se van asentando otras civilizaciones, a veces enriquecidas, a veces arrinconadas. No conozco una imagen que de manera más directa nos pueda hacer sentir la fuerza aglutinadora y mestiza de lo hispano que «El aleph», el relato del escritor argentino Jorge Luis Borges. En este cuento, el narrador logra encontrar un instante perfecto en el tiempo y en el espacio en el que todos los lugares del mundo pueden ser vistos en el mismo momento, sin confusión, desde todos los ángulos, y sin embargo en perfecta existencia simultánea.

Y bien, ¿qué veríamos hoy en el *aleph* español? Veríamos una tierra que mejora su destino convirtiéndose en cuba de sedimentación de pueblos, culturas y dioses. Veríamos la vieja y legendaria Iberia donde Ulises descendió a la casa de Hades, la patria del ibero y del celta, verdadero El Dorado de las ciudades fenicias de Sidón o Tiro. Veríamos la España de Roma y del reino visigodo de Toledo, la España del islam, de la cábala y de la noche oscura del alma. Veríamos la España que descifró los mares y descubrió América, la España del cardenal Cisneros y Fernando de Rojas, de Hernán Cortés y Elcano, de Carlos V y Felipe II, de Olivares y Quevedo, la España de Olavide y Jovellanos, de Larra y Torrijos, de Víctor Chávarri y Cánovas del Castillo, de Machado y Clara Campoamor... La madre nutricia de sueños a la que, en plena desilusión del 98, rindió homenaje el nicaragüense Rubén Darío con versos esperanzados:

*Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial aliente un sueño,  
mientras haya una viva pasión, un noble empeño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, vivirá España.*

Veríamos el país que nos diera a conocer Cervantes, que consuela y cura de la quiebra de confianza entre gobernantes y gobernados, la patria del alma que los poetas —desde Marcial a Jaime Gil de Biedma, pasando por Ibn Hazm de Córdoba, Ibn Gabirol, Gonzalo de Berceo, Ausiàs March, san Juan de la Cruz, Espronceda, Manuel Machado, Blas de Otero...— nos han confiado con su cántico universal de amor a la tierra, a Dios y al hombre, roto el olvido del tiempo y la disparidad de las lenguas. Veríamos el debate teológico y jurídico que, en 1539, establece las bases del moderno derecho internacional; la defensa, en 1599, en plena época de afirmación monárquica, de la existencia de leyes emanadas del pueblo; la lucha por la democracia y la igualdad. Veríamos una nación que, en tiempos difíciles, ha sabido alumbrar esperanzas, una nación en permanente génesis, como ya la definiera Galdós en el siglo XIX, heroica viviendo, heroica luchando por un mañana que es nuestro presente, el tiempo en que cobran forma nuestras libertades, una malla de derechos que de tan aceptados se vuelven invisibles.

Y veríamos, claro está, la España de hoy, un país que, pese a la imagen centrada en lo adverso que ofrecen los telediarios y los periódicos, ha sido declarado por organismos internacionales solventes como uno de los mejores del mundo para nacer, el más sociable para vivir y el más seguro para viajar por todo su territorio. Según el Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral, con sede en Estocolmo, España es la decimotercera mejor democracia del mundo, por delante de Bélgica, Reino Unido, Francia, Italia, Portugal o Canadá. Y como recordara no hace mucho Manuel Vicent, nuestro país es líder mundial en donación y trasplante de órganos, en fecundación asistida, en sistemas de detección precoz del cáncer, en protección sanitaria universal gratuita, en energía eólica, en conservación marítima, en energías limpias, en playas con bandera azul o en construcción de grandes infraestructuras ferroviarias de alta velocidad.

A todo esto hay que sumar que el nuestro es el país que más misioneros da al mundo: es decir, el generoso idealismo de una multitud de cristianos que luchan contra la injusticia en los rincones más desfavorecidos del planeta, atendiendo a los pobres y a los enfermos, sufriendo en el empeño sus mismas carencias, compartiendo los riesgos y amenazas de aquellos a quienes dedican su vida. Cientos, miles de ejemplos que nos hacen sentir todo aquello que, hace casi dos mil años, un carpintero judío anunció al proclamar la condición inviolable del ser humano, su dignidad intocable y su libertad esencial; nos hacen pensar que ese mensaje, tan arraigado en la historia de España, continúa siendo una promesa viva, compasiva y exigente.

El periodista británico Tobias Jones ha comentado que el feminismo no había pasado por Italia. Otro inglés, autor de un apasionante libro sobre nuestro país, Gilles Tremlett, recuerda que las mujeres españolas han conseguido todos los avances que la revolución «del segundo sexo», como la llamó Simone de Beauvoir, ha conquistado en Europa. Frente a la agresividad que rezuman las noticias, España es —según la Universidad de Georgetown— el quinto país del mundo más respetuoso con las mujeres, el segundo más seguro para ellas y el de menor violencia de género en Europa, muy por detrás de las socialmente envidiadas Francia, Dinamarca, Suecia o Finlandia.

Dejando aparte la historia, el paisaje y el arte, cuya riqueza ocupa parte de este libro, España posee, además, una de las lenguas más poderosas, más habladas y estudiadas del planeta, y es el tercer país, según la Unesco, por patrimonio universal, solo detrás de Italia y de China. Y para celebrarlo, tenemos la segunda mejor cocina del mundo.

No hay que conformarse con lo que va mal ni con las amenazas a lo que hemos conseguido, pero es muy importante saber qué tenemos, valorarlo correctamente, y cuando evaluamos nuestra situación compararla también con la de otras partes del mundo, incluida Europa.

A lo mejor no me creáis —ha dicho con cierta exageración el pianista y escritor británico James Rhodes— pero no os miento si os digo que en España todo es mejor. Los trenes, el metro, los taxistas, el ritmo de vida tranquilo, el idioma increíble (...) Son asombrosas la cordialidad del vive y deja vivir y la generosidad. El respeto que os inspiran los libros, el arte, la música. El tiempo que dedicáis a la familia y al descanso. A las cosas que importan...

Las naciones cambian. La Inglaterra de Shakespeare es muy diferente a la de Dickens. La España de Quevedo tiene muy poco que ver con la de Jovellanos, pese a que apenas cien años separan una de la otra. España, por otra parte, es uno de los países europeos que más ha avanzado en el último siglo. Yo he conocido, por lo menos, tres de sus variantes. La España de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, los del predominio de Falange, la autarquía imposible, el silencio y el hambre. La España de los Planes de Desarrollo y la legitimación de Franco en el exterior, en la que el creciente bienestar económico se hizo subversivo y el rechazo a la dictadura dio lugar a un brillante florecimiento artístico y literario. Y la España de la democracia, que cuarenta y cinco años después de la muerte de Franco se ha convertido en un país completamente distinto al que era; una sociedad plural, dinámica y vigorosa que ha aceptado, sin excesiva violencia moral, cambios extraordinarios en la valoración y la legislación de principios que hasta ayer mismo parecían consustanciales a nuestra nacionalidad y a nuestra conciencia colectiva, conviviendo, sin especiales problemas, con el divorcio, el matrimonio homosexual y las familias de un solo progenitor, por citar algunos ejemplos significativos.

El cambio, en efecto, ha sido vertiginoso, y al margen de las conquistas sociales y políticas que se han producido desde la Transición, quizá uno de sus signos exteriores más espléndidos y evidentes se encuentre en las ciudades de provincia, las pequeñas y medianas. Casi todas han convertido sus centros históricos en peatonales, han reparado los monumentos que se caían a pedazos, han abierto espacios para el paseo o la reunión, han agilizado los servicios y han mejorado enormemente el transporte.

Por supuesto, hay problemas. ¿Cómo no iba haberlos? España padece los azotes del paro, el desprestigio social de saberes verdaderamente sustantivos —la filosofía, la historia, el arte—, la fulminante desaparición de valores esenciales como la cortesía o la amabilidad, el narcisismo regional, la exigua ilustración de la clase política o la extensión entre sus ciudadanos de una simplista concepción democrática donde el pueblo se revela únicamente como sujeto de derechos. A todo ello hay que sumar la excesiva dependencia de la sociedad respecto del Estado, que, unida a los viejos hábitos caciquiles y clientelares, favorece la corrupción y el abuso de poder y, por tanto, la degeneración de la vida pública.

La España de hoy tampoco escapa al peligro que ha vuelto a recorrer Europa: el auge del populismo, el desafío del nacionalismo excluyente, un virus que ya había suscitado grandes problemas mucho antes de la última crisis económica, pero que, a hombros de esta, ha dejado en paréntesis la solución constitucional de 1978. El asalto a los cielos coreado por el líder de

Podemos parece haber quedado aplazado para otra ocasión; no así el giro radical del catalanismo político, cuyo desafío secesionista constituye, sin duda, el mayor de los problemas a los que hoy se enfrenta España. Víctima de los manejos nacionalistas, la sociedad catalana ha dejado de estar reunida en torno a valores cívicos y, sobre todo, al rechazo a la construcción de una nación basada en el enfrentamiento entre quienes sienten con autenticidad su pertenencia a la patria y los que, huérfanos de esa legitimación afectiva, han quedado reducidos a pasajeros de segunda clase o indeseables polizones en la travesía hacia la independencia.

Pero lo dramático no consiste solo en la posibilidad de un desgarramiento territorial, sino también en que, por el camino, se ha perdido la conciencia de nación. Porque no deja de ser triste ver cómo, después de conquistar con tanto esfuerzo el disfrute de las libertades democráticas, hayamos llegado a una situación en la que la convivencia es materia de chantaje por parte de partidos regionales, en la que numerosos ciudadanos no son considerados representativos en determinadas partes del país. Resumiendo, lo dramático es la negación de la convivencia nacional preconizada desde el altar nacionalista y aceptada por una parte de la sociedad acomplejada e inerte ante la prolongada impugnación que sufre la misma idea de España.

Y aquí llegamos a otro de los problemas que mina las bases de nuestra sociedad, el rechazo vergonzante de la historia de España, asociada casi exclusivamente a los episodios más tenebrosos o deprimentes de nuestro pasado.

Los españoles —ya lo he apuntado anteriormente— tenemos una democracia tan digna, tan desarrollada y tan imperfecta como la de nuestros vecinos europeos, y en los últimos cuarenta años hemos saldado con no poco éxito los desafíos de la modernidad. Y lo hemos hecho con audacia y generosidad, teniendo en cuenta el valor cívico del consenso. Sin embargo, una parte de la opinión pública piensa que el franquismo no ha terminado, que ser español es algo exótico, que nuestra democracia es pobre, débil e insuficiente, que tenemos un pasado mucho más terrible que el resto de naciones de Europa. Y no son pocos los que creen vivir en una nación enferma, cuya historia es la crónica de un interminable fracaso.

Somos el único país europeo que parece avergonzarse de sí mismo, la única nación incapaz de aceptar con naturalidad su pasado o de tener una visión positiva de su historia. Según diversos estudios, los españoles estamos entre los pueblos que se ven a sí mismos peor de cómo los ven los demás y también entre los que menos se enorgullecen de su propia cultura. ¡Una cultura que ha dado a Cervantes y a Lope de Vega, a Velázquez y a Goya, a Tomás Luis de Victoria y a Manuel de Falla, a santa Teresa de Jesús y sor Juana Inés de la Cruz!

Pero esta manía no es nueva. La costumbre de ver únicamente los fracasos, ignorando los éxitos y aciertos, nace ya en tiempos de Quevedo, cuyo famoso soneto —*Miré los muros de la patria mía / si un tiempo fuertes ya desmoronados*— expresa muy bien ese sentimiento lastimero y

autocompasivo que domina la concepción del país desde el siglo XVIII; que halla en Larra una expresión afortunada —«en este país», «cosas de este país», frasecillas que, según Fígaro, nos sirven para explicar perfectamente cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda—; y alcanza su máxima expresión en la primera mitad del siglo XX, agravado por el derrumbe de la Segunda República, la guerra civil y la dictadura.

Después de las dos guerras mundiales del siglo XX, la gran mayoría de los países occidentales reconstruyeron su historia sin quedar cegados por los episodios demoledores que los habían sumido en la barbarie generalizada. España no; en España seguimos leyendo la historia desde la óptica pesimista de 1898 y 1936, como si las impresiones de los escritores del Desastre, los intelectuales del 14 y los poetas del 27 —espejo de un noble afán de perfección, recuerdo de una promesa truncada— fueran una verdad eterna e irrefutable. «Aquí todo es muy sencillo —dice un personaje de *La calle de Valverde*, de Max Aub—, estamos todos contra todos». Aquí, en efecto, siempre se espera, siempre se ve lo peor. «España es una jaula de locos rarísimos, atacados de una manía extraña: la de no poder sufrirse los unos a los otros», escribió Ángel Ganivet en su *Idearium español*, haciendo bueno el tópico del poeta catalán Joaquín Bartrina:

*Oyendo hablar a un hombre,  
fácil es acertar dónde vio la luz del sol;  
si os alaba Inglaterra, será inglés;  
si os habla mal de Prusia, es un francés;  
y si habla mal de España, es español.*

No siempre fue así. Pondré varios ejemplos. Alfonso X, a quien debemos una imagen compartida por san Isidoro de Sevilla y muchos poetas de al-Ándalus: «Esta España es como el Paraíso de Dios». Baltasar Gracián, que pensaba que España era la primera nación de Europa, «odiada, porque envidiada». Así, a diferencia de Quevedo, el autor del *Criticón* no podía dejar de ver la grandeza de España en la etapa final de Felipe IV, cuyo reinado, por otra parte, había comenzado con cuatro españoles alcanzando la gloria de los santos: Isidro Labrador, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús, canonizados por Gregorio XV junto a Felipe Neri. A los italianos les debió parecer una imposición de la corte de Madrid, pues comentaban humorísticamente que el papa había canonizado a cuatro españoles y un santo. No obstante, refiriéndose a sus compatriotas hispanos, Lope de Vega —que en *La Dragontea* ya se queja de ese pesimismo endémico que acompaña a los españoles y que a menudo nos impide ver los hitos de nuestra historia, tantas veces desconocida porque nos la han contado mal o, sencillamente, porque no nos la han contado— los describiría así: «un labrador para humildes; un humilde para sabios; un sabio para gentiles; y una mujer fuerte para la flaqueza de las que en tantas provincias aflige el miedo».

Durante más de doscientos años España ha sido vista a través de unos anteojos que resaltaban todo lo excéntrico, a través de un espejo cóncavo que fijaba la vida española en la geografía del loco Quijote, del pendenciero don Juan o de la fatal Carmen de Mérimée. Exotismo literario, costumbres atávicas y una violencia que resalta la sangre caliente, la sangre antigua, la verdadera. Y los propios españoles, a pesar de los avances económicos y la modernización de su sociedad, jaleando los más sombríos estereotipos, que por desgracia aún perduran afuera y dentro del país: la Inquisición, la intolerancia, la predisposición a matarnos los unos a los otros... Hay que tener cuidado con los esencialismos: ese tópico, por ejemplo, de que España es la tierra de Caín, esos versos de Ángel González que vienen a decir que nuestra historia es como la morcilla, está hecha de sangre y repite, o esos otros de Luis Cernuda:

*Si yo soy español, lo soy  
A la manera de aquellos que no pueden  
Ser otra cosa: y entre todas las cargas  
Que, al nacer yo, el destino pusiera  
Sobre mí, ha sido esa la más dura.*

A finales del siglo XIX y principios del XX, como recuerdo en el primer capítulo de este libro, España estaba —es cierto— más atrasada que Francia, Alemania o Gran Bretaña. Pero, aun así, gozaba de un régimen constitucional como el que tenían la mayoría de los países europeos, y se enfrentaba a los mismos problemas que cualquier otro. El fracaso de la democratización emprendida entre 1900 y 1936 no fue exclusivamente español. Muchas otras naciones de Europa tampoco consiguieron hacer esa transición pacíficamente: Francia, Alemania e Italia entre ellas. Además, nada de lo ocurrido en aquel tiempo fue inevitable, producto de un sino fatal o de una incapacidad para el progreso. Todo —pese a la convicción compartida por muchos intelectuales de la época de que la guerra civil fue el resultado ineludible de un conflicto permanente entre dos Españas— podría haber sido de otra manera. Pero ni el socialismo moderado ni el republicanismo razonable ni el monarquismo liberal ni el catolicismo político tuvieron fuerza e inteligencia suficientes para sobreponerse a la desfiguración de sus propósitos.

Nos hemos creído de tal modo nuestros propios mitos que estos han pasado a regir la forma en que nos vemos. La imagen de los garrotazos de Goya, dos campesinos que se hunden a cada minuto en el fango y aun así no dejan de matarse a golpes, es una de las más utilizadas por nuestros analistas políticos. Sin embargo, la agresividad que hoy rezuma el discurso público —tampoco muy diferente a la que empaña el debate cívico del resto de Europa— no se corresponde con la realidad cotidiana. Cierto, en la realidad la gente discute, sí, pero la mayoría se pone de acuerdo en lo que importa. Y es que si hoy existen dos Españas no son las de derechas y de izquierdas, sino la de los políticos y líderes de opinión empeñados en



mantener viva esa imagen y la de los ciudadanos que cumplen con su deber, trabajan y callan, y que jamás adquieren verdadera dimensión en las televisiones y en los medios escritos.